







**GUANAJUATO.**

Tipografía de J. E. Oñate, calle de Alonso n. 1.

1854.



**EXCMO. SEÑOR.**

Conciudadanos:



**D**ESPUES de mas de treinta años de solemnidades por los faustos acontecimientos de nuestra historia, acostumbrados á oír los encomios mas dignos de nuestros héroes, y aún muy recientes en nuestra memoria las festividades que hemos presenciado hace pocos dias, temeria no poder presentar nada nuevo á vuestra contemplacion que pudiera interesaros, y no hallar como desempeñar el encargo con que se me ha honrado de dirijiros la palabra; pero sé que los acontecimientos mas remotos no pierden nunca su importancia para los hombres que saben apreciar su mérito, que nada hay mas grato para los corazones amantes de la libertad, que los



## —4—

recuerdos de los tiempos en que la vieron nacer, y sé también, que me dirijo á un pueblo agradecido que reunido con el esclusivo objeto de tributar á sus progenitores el homenaje debido á sus proezas, le basta recordarlas sin atender al desaliñado lenguaje, impotente para enaltecerlas.

En efecto, Señores, el objeto de nuestra reunion no puede ser mas noble: las naciones como los individuos viven con los recuerdos del pasado, se alimentan con las esperanzas del futuro: todas tienen marcadas las bellas épocas de su existencia por los acontecimientos que han fijado su destino y abierto el porvenir: buscan en sus anales los hechos que las engrandecen, se recrean con sus pasadas glorias, y en la efusion mas pura de sus sentimientos gozan con sus recuerdos la felicidad de otros dias. Cada génio que aparece sobre la tierra y que la Providencia envia como un bello presente á la humanidad: cada héroe de los que dán vida á su patria, nombre á su edad, dejan una memoria que triunfando del tiempo y del espacio, halla un éco en cada generacion que se sucede y un monumento en el corazon de cada hombre de las edades póstumas.

Sin embargo, no es el simple brillo de los hechos extraordinarios el que los pueblos eternizan: la causa de la humanidad va siempre unida con el mérito de las acciones heróicas y con la inmortalidad de sus autores; los hombres para recordar con placer, para sentir con emocion, para trasportarse con gozo á las épocas pasadas y rendir sus homenajes á

—5—

los acontecimientos que celebran, necesitan hallar en las hazañas de sus héroes la lucha de un principio sano, los esfuerzos de una alma ardiente, el triunfo de una santa causa, la realización de una idea, el germen de una felicidad futura para las sociedades.

Contemplemos, Señores, el inmenso cuadro que la historia de todos los tiempos nos presenta: busquemos en esas revoluciones que han trastornado los imperios, conmovido las naciones y cambiado la faz del mundo, los hechos en que se encuentra lo verdaderamente sublime de la heroicidad humana, y veremos siempre un pensamiento altamente social lanzándose al travez de los acontecimientos para dar vida á los pueblos y llevarlos á su desarrollo y engrandecimiento. Comparemos entre los hechos que se nos refieren; aparecerá mas grande á los ojos de la humanidad la heroica resistencia de los mártires de las Termópilas, que las brillantes conquistas del célebre Macedonio tocando los confines del mundo conocido con sus ejércitos millonarios; mas sublime el oscuro aldeano que hacia resonar las montañas de la Suiza con el grito de LIBERTAD, que las huestes numerosas de los bárbaros que hacian estremecer la Europa con sus invasiones; mas interesante la sabia Roma civilizando á los pueblos y esparciendo las luces por toda la tierra, que la Roma poderosa avasallando el mundo con sus armas.

Mas ¿para qué buscar en los anales de otros tiempos ejemplos que ilustren el espíritu;? dejemos al corazon sentir, y él nos revelará la

—6—

importancia de las acciones: dejemos á los pueblos recordar, y sabrán penetrar en lo pasado para encontrar lo que pueda interesar á su memoria. ¿Para qué recurrir á hechos extraños, á buscar la grandeza y sublimidad que ennoblecen los de nuestra patria?

Nuestra historia, la historia de una nacion que en tres siglos ha recorrido las vicisitudes que las mas antiguas sufren en millares de años, presenta un espectáculo de interes para el mundo, y una leccion importante para la humanidad. Hay páginas en ella marcadas con el sello de la inmortalidad, porque los hechos que refieren durarán siempre en la memoria de la posteridad.

Ojalá, Señores, pudiera presentaros el cuadro completo de nuestros acontecimientos, y hacer sentir en cada uno de ellos la grandeza que tienen y que constituye nuestros títulos de gloria; pero ni el corto tiempo que debo permanecer en este lugar, ni las circunstancias, son apropósito. Uno solo nos ha reunido en este lugar, y por lo menos se ne permitirá sentar la clave de nuestros recuerdos, tocar ligeramente los que le precedieron para no presentar una cadena rota, un hecho aislado en que no podriamos ver sus causas, ni medir su importancia, ni calcular sus resultados.

Hubo un tiempo, Señores, en que la antigua Europa descubrió la mas bella parte del universo que los mares habian ocultado á las miradas del mundo conocido; y el continente Americano sintió por primera vez pisar sobre sus playas las plantas extranjeras. Epoca de

## —7—

renacimiento y de vida para un pueblo perdido en la ignorancia y en los errores de la superstición más bárbara, si sus nuevas comunicaciones con el mundo civilizado hubieran solo disipado sus tinieblas y marcándole un sendero para nivelarse á las demás naciones. Epoca que habría abierto una era de felicidad para el mexicano, si no hubiera tenido que llover sobre las ruinas de su imperio, la destrucción de sus hijos, la depredación de sus riquezas y la pérdida de su libertad. Por el contrario, Señores, el Azteca escuchó el alarido de guerra lanzado por una nación desconocida, vió invadido su territorio, amenazada su grandeza y su nacionalidad, y tuvo que sostener en sangrienta lucha y sujetar á la decisión de la fuerza los fueros sacrosantos con que la naturaleza ha enriquecido al hombre.

Desde entónces la historia abre sus páginas para el nuevo mundo; de entonces datan los hechos con que debemos gloriarnos; porque la causa más santa comienza á sostenerse con esfuerzos inauditos, con sacrificios heroicos.

Hé aquí, los sentimientos que debemos respetar en nuestros padres: un principio que engrandece sus hechos, un título que dá intereses á nuestra historia.

Sin embargo, no siempre el éxito de la fuerza corresponde á la justicia de la causa que se sostiene. La invasión triunfa merced á la desgraciada heroicidad de dividir á un pueblo y prevalerse de su ignorancia para subyugarlo; el poder de los Aztecas se desploma, los templos de sus dioses son destruidos, los palacios de sus reyes arrasados, su territorio y



—8—

sus riquezas llegan á ser la presa de la codicia: y en una palabra, el falso título de conquista hace suyo todo el nuevo continente, y la nacion libre, la raza de héroes, privada hasta de su historia tiene que sucumbir al infortunio mas bien que al valor, y que mezclar sus gemidos de despecho y de dolor al triste ruido de las cadenas del esclavo.

Mas de trescientos años la opresion se sostuvo sobre la debilidad y la ignorancia, y la nacion vencida, sin descubrir siquiera un porvenir que le halagara, tenia que soportar la dominacion extranjera, sin oír otra voz que la de su Señor, sin que se le instruyera sino para hacerla supersticiosa y fanática, por un poder que la razon reprobaba y que el trascurso de los siglos no podia legitimar.

Pero aquel estado de cosas debido solo al triunfo de la fuerza, no podia permanecer mas tiempo; porque ésta es impotente para destruir los principios que la naturaleza graba en el corazon del hombre. El sufrimiento tambien tiene su término, y mientras en la humillada frente del esclavo arde un destello de inteligencia: mientras en su corazon despedazado por el dolor queda un latido por su libertad, el hombre puede reconquistar sus derechos y sustituir el imponente grito de **VENGANZA** al ahogado lamento del oprimido.

El pueblo era débil porque era ignorante, porque era supersticioso, porque se le había acostumbrado al estado servil imbuyéndolo en las creencias mas erróneas, pero mas favorables á la dominacion extranjera; faltaba pues un génio que desvaneciera sus preocupacio-

## —9—

nes, que reanimara su valor, que le hiciera anhelar una condicion que les habia sido arrebatada, y diera el ejemplo de derribar el primero el ídolo que lo oprimía. Ese génio, las circunstancias no debian crearlo, debian hacerlo aparecer, y ese génio se presentó en la época gloriosa cuya memoria hemos celebrado en medio de las efusiones del mas ardiente júbilo.

Vosotros recordais, Señores, que el inmortal párroco de Dolores, hombre que por su ministerio debia tener influencia sobre el pueblo mas que otro alguno, por su saber era capaz de darle á conocer sus verdaderos derechos y deberes, y por su valor que no se arredraba á la vista de un patíbulo que el porvenir le presentaba, podia enseñarle á buscar una muerte honrosa antes que doblegarse á la esclavitud; ese hombre, repito, fué el que la Providencia destinó para romper la opresion de tres siglos y rehabilitar á un pueblo proscrito con la libertad que habia perdido.

Las montañas de Anáhuac, repitieron en écos sonoros é imponentes la voz sublime de **INDEPENDENCIA**: el continente americano se estremeció al solo paso de los libres: el pueblo se lanzó á la lid, la guerra estalló de nuevo, y las olas del Atlántico llevaron el grito de venganza hasta el trono Ibero, á donde no habian llegado los gemidos de los oprimidos.

Esa época, Señores, tan memorable en nuestros fastos y cuyo solo recuerdo enardece nuestra mente, exalta la imaginación y hace estremecer de entusiasmo el corazon, esa época, debe su inmortalidad y su grandeza á

—10—

la causa sagrada que hemos visto seguir la suerte de las armas y que busca de nuevo un triunfo fecundo en resultados, entre los esfuerzos mas heróicos y los sacrificios mas sublimes.

Ojalá, Señores, pudieramos ver en solo este acontecimiento el término de una lucha en que campean por una parte el valor y la justicia, la fuerza y la violencia por la otra: ojalá encontráramos en esta época el fin de un combate á muerte que ensangrentó en un tiempo desde las playas del Golfo hasta los últimos confines del continente, y que ha tenido que renovarse trescientos años despues á la voz del inmortal caudillo de Dolores, ojalá y pudiera presentaros nuestra causa triunfante, nuestra patria libre sin tener aún que descorrer el cuadro desolador que la guerra vuelve á presentar. Pero aún no era tiempo; los acontecimientos siguen desenvolviéndose y el pueblo mexicano instruyéndose en la escuela de la desgracia para llegar á ser independiente. Aún tenemos que pasar por diez años de contiendas en que nuestra causa camina entre los estragos y la desolacion siguiendo las vicisitudes de las armas.

A las jornadas gloriosas de 16 de Setiembre y 30 de Octubre de 810 suceden los infaustos encuentros de los campos de Aculco y Puente de Calderon: antes de solemnizar los triunfos alcanzados en Trespalos, Acapulco y San Agustin del Palmar, hemos tenido que lamentar la pérdida de los primeros héroes que enarbolaron el estandarte de la libertad: y despues de las acciones de Cuautla, tambien su-

## —11—

cumbe el campeón temible para los opresores, el generalísimo de las fuerzas Americanas. En fin, Señores, no podemos recorrer nuestros acontecimientos de armas, sin ver á un Hidalgo, un Matamoros, un Morelos un Galeana y tantos otros mártires de la Patria, caer bajo el acero enemigo ensangrentado yá con millares de víctimas que habia hecho.

La prolongacion de una lucha tan devastadora debia debilitar la causa de los libres: la persecucion obstinada y terrible de un Benegas, la furia sanguinaria de un Calleja hacian apetecer ya á los independientes un momento de reposo, y parecian rendirse á los halagos del gobierno virreinal cediendo á la astuta política de Apodaca y abandonando la causa que por tanto tiempo habian sostenido con un vigor extraordinario.

Acaso, entonces, Señores, el estado de nuestra causa haya presentado un aspecto desconsolador para los patricios y lisongero para la metrópoli: acaso la crisis en que parecia caer la nacion hiciera temer que inutilizándose tantos sacrificios como se habian hecho, el mexicano encontrara una opresion mas cruel, por la leccion que ya tenian los dominadores de que el pueblo abatido sabia recurrir á las armas para reclamar sus derechos. Pero el año de 20 no era el siglo XVI en que el poder Ibero se asentaba sobre la ignorancia del Azteca: algunas ráfagas de la civilizacion que se desarrollaba en la antigua Europa, habian penetrado en el continente: los principios que proclamaban las demas naciones se habian hecho oír por la nues-



## —12—

tra; el fuego de la libertad permanecía oculto esperando la ocasion favorable para estallar, y en las montañas del Sur ardía aún el faro que recordaba á los libres la senda que dedian seguir.

Faltaba solo á la causa de los independientes un hombre grande que le diera direccion y la hiciera triunfar: habia un hombre que para ser grande solo le faltaba abrasar aquella causa y conducirla á su feliz éxito. Las circunstancias del año de 10 habian hecho aparecer á un Hidalgo para dar principio á la revolucion: el término á que ésta habia llegado á principios del año de 21 hacia aparecer un Iturbide para consumarla.

El gefe que por su génio, su valor, sus talentos militares gozaba tan alto concepto en las tropas de la Península: el gefe que tan funesto habia sido combatiendo en las filas Españolas contra sus hermanos, se vuelve por fin á su patria para compensarle tantos males con el bien supremo á que podia aspirar. Unido al patriota esclarecido que habia arrosado la tormenta revolucionaria sin cejar en un punto de su valor y de sus creencias, combina los medios de salvar al pais: el memorable plan de Iguala hecha los fundamentos de la nacion que vá á elevarse, conciliando los intereses de los habitantes, y ofreciendo garantías para los derechos que el hombre tiene por mas sagrados: alienta los ánimos, atrae á su rededor los hijos de México, y el coloso recibe el último golpe que debia derribarlo para siempre.

**No hay quien pueda resistir los esfuerzos**

## —13—

unidos y combinados bajo el mismo plan, no hay quien se oponga á la voluntad soberana de un pueblo que ha querido ser libre, que ha luchado contra la tiranía, que sacude en fin las cadenas de la opresion; la nacion toda reconquistaba su poder, y el veintisiete de Setiembre de 821 el ejército libertador ocupaba la capital de México en medio de las aclamaciones de júbilo que resonaban por todo el continente.

En este cuadro que leve é imperfectamente he bosquejado, encontramos, Señores, cuanto puede haber mas interesante para la causa de la humanidad, vemos á donde mas puede elevarse la heróicidad humana, cuanto puede haber mas acreedor de la admiracion de los siglos.

No sé, Señores, si las historias recuerden acontecimientos mas faustos que los nuestros: no hallo en los anales de otros pueblos acciones que escedan en magnitud á la de nuestros héroes por sus causas, por sus medios, por sus resultados; no sé si pueda haber hechos que sean mas dignos de la eterna memoria de los hombres.

Treinta y tres años hace que se terminó la obra grandiosa de nuestra emancipacion: treinta y tres que en medio de las adversidades que han descargado sobre nuestra infortunada patria, hemos consagrado un dia á los recuerdos de tan plausibles acontecimientos: treinta y tres que tributamos el homenaje de nuestra gratitud, al héroe que puso término á una esclavitud de tres siglos, á una lucha que devastaba nuestro país, que hizo triunfar la

—14—

causa mas santa, y aparecer radiante al lado de las demas naciones, la antigua colonia de la Iberia.

Pero si los recuerdos de los grandes hechos que nos gloriamos pertenecerá nuestra historia, no han de ser estériles para nosotros y para las generaciones que nos sucedan, aprendamos en la leccion que nuestros progenitores nos han dado, que pueden mantenerse intactos los principios de la LIBERTAD, aún entre los padecimientos que la desgracia arroja sobre los hombres: que el valor puede reconquistar los derechos perdidos, y que un pueblo puede ser libre cuando quiere, es un pensamiento solo, una las voluntades y las fuerzas. Imitemos sus virtudes ya que no podemos igualar sus acciones heróicas, si no queremos que las futuras generaciones al recordar nuestra historia haga caer sobre nosotros la ignominia y la ecsecracion.—DIJE.

